

CONFERENCIA ESCOLAR

La madre

¡La madre! ¡La madre cristiana! Nos hallamos aquí en presencia de un fenómeno particular, lo mismo en el orden de la naturaleza que en el orden de la gracia. Se ha observado que el hijo procede especialmente de la madre, más por la semejanza moral que por la semejanza física; lo mismo en el orden de los Santos que en la escala de los genios. Hé aquí por qué, cuando leo la vida de una de esas lumbreras de la doctrina y de la santidad que han ilustrado a la humanidad y a la Iglesia, la primera pregunta que me hago es la siguiente: ¿Quién fue su madre? Entonces no es raro que en el manantial de ese hermoso río encuentre una cristiana heroica y sublime: A Nona al lado de San Gregorio Nacianceno; a Emelia al lado de San Basilio y de San Gregorio de Niza; a Mónica al lado de San Agustín; a Antusa al lado de San Juan Crisóstomo, a aquella Antusa que obligó a exclamar al retórico Litanio: «¡Qué mujeres hay entre los cristianos!» Un poco más tarde está Silvia al lado de San Gregorio Magno; y en la Edad Media está Aleta al lado de San Bernardo, y otras muchas más que podría citar; y ¡qué libro tan instructivo resultaría con la historia de las madres de los Santos!... Y no voy a presentaros un libro, hijos míos: será una sencilla conferencia sobre el ministerio de vuestras madres en la obra de vuestra santificación.

Si os place, esas madres serán el objeto de mi conferencia, compuesta de rasgos y ejemplos tomados de la historia de esas santas mujeres, y descritos frecuentemente por sus mismos ilustres hijos. Nuestra labor será, pues, poner en orden estos cuadros para que la armonía realce su belleza. Y como la madre es todo corazón, seguiremos

en el corazón de las madres las diversas formas y los progresos sucesivos del amor, amor *militante* primero, amor *paciente* después, y, por último, amor *triumfante*. Tales son las principales líneas a que ajustaré los ejemplos que acabo de proponeros.

I

Nuestro Señor Jesucristo ha dicho en el Evangelio: «Cuando la madre ha dado a luz su hijo, es tal la alegría que siente, que olvida sus dolores por el placer de haber dado un hombre al mundo». Su alegría, grande en verdad, basta a mitigar sus penas; y sin embargo, estas penas no han terminado; más aún, no han hecho sino comenzar, y al pie de la cuna iniciarse para ella una lucha que no ha de terminar sino con su muerte o la vuestra. ¿Qué otro nombre merece el laborioso ministerio de la madre?

Es primeramente ministerio de consagración.

Todavía no habéis nacido, y ya vuestra madre, como la Madre de Jesús, entona su «*Magnificat*» en honor de Aquel que ha obrado en ella grandes cosas. Preguntad a vuestra madre cuántas oraciones y novenas ha dirigido al cielo en favor del hijo que lleva en su seno. Llegó por fin un día en que, como la Madre de Dios, pudo presentaros en el templo y ofreceros al Señor. ¿Qué significaba aquella consagración? Significaba que, sintiéndose demasiado débil para pelear por sí sola en aquel combate cuyo premio era vuestra alma, llamaba en su auxilio a un Padre omnipotente y a una Madre invencible. Significaba al mismo tiempo que desde entonces ella os ofrecía al servicio de Dios a quien ibais a pertenecer por un nuevo título. Acordaos de la ofrenda que de su hijo Samuel hizo Ana en manos del sacerdote Heli: «Había pedido yo este hijo al Señor, y El me lo

ha concedido; por esto me presento a ofrecérselo por todos los días de mi vida».

Con mucha mayor razón hacen lo mismo las madres en la ley cristiana. Escuchad las palabras de una madre de fines del siglo XVII, Magdalena de Aguesseau (Señora Le Gnerchois), que ya he citado otra vez: «Cuando te llevé en mi seno, hijo mío, te ofrecí ya a Dios; cuando te trajeron a mí después del Bautismo, al volver de Nuestra Señora de Alezón, nuestra parroquia, exclamé con el Salmista: Confirmad, Señor, lo que acabáis de hacer en vuestro Santo Templo; y añadí en seguida: Dios mío, os doy gracias por el beneficio que acabáis de conceder a este niño; os lo ofrezco con todo mi corazón; es más vuestro que mío. Si alguna vez ha de manchar la blanca vestidura con que acabáis de adornarle, preferiría verle morir, mientras se conserve sin macha. Estos sentimientos, lo confieso, hijo mío, me han sido tan familiares desde tu Bautismo, que ni un solo día he dejado de hacer la misma súplica».

Respecto a la costumbre de la consagración que de los hijos han hecho las madres, nada más encantador que lo que se refiere de Santa Isabel de Hungría. Cuando llegó el día de su presentación en la Iglesia, se lee en su Vida, en lugar de convertirlo, como era costumbre, en motivo de fiestas y alegrías mundanas, la buena duquesa tomó a su hijo en sus brazos, salió secretamente del castillo, vestida con una pobre túnica de lana y con los pies descalzos, y se dirigió en peregrinación a una iglesia lejana, la de Santa Catalina, fuera de los muros de Eisenach. La bajada era larga y áspera; pero quería llevar por sí misma a su hijo, como había hecho la Virgen sin mancilla.

Al llegar a la Iglesia, lo colocó sobre el altar con

un cirio y un cordero, diciendo: «Señor mío Jesucristo, os ofrezco, así como a vuestra querida madre María, este querido fruto de mi seno. Vedlo, Señor mío y Dios mío, os lo devuelvo con todo mi corazón, tal cual me lo habéis entregado, a Vos que sois el Soberano y el Padre más amante de la madre y del hijo; lo único que os suplico, la única gracia que me atrevo a pedir, es que os dignéis recibir este pequeñito, bañado con mis lágrimas y con vuestro santo bautismo, en el número de vuestros servidores y de vuestros amigos, y que le déis vuestra santa bendición».

Un poco más tarde, hijos míos, cuando fuisteis capaces de comprender el catecismo, vuestra madre encaminó vuestros primeros pasos hacia la iglesia, y os hizo ratificar las promesas que hizo ella por vosotros. La antigüedad cristiana tenía un rito especial para significar esta donación del hijo hecha a Jesucristo y el juramento de dedicarse a su servicio. «Cuando tuve algunos años, cuenta San Gregorio Nacianceno, me llamó mi madre, me colocó al lado de un libro de las Sagradas Escrituras, y allí puso mis manos sobre el libro santo a fin de consagrarme así por el contacto de la palabra divina. Hecho esto, me recordó mi madre el ejemplo de Abraham, al ofrecer al Señor el sacrificio de su hijo. Yo también, me dijo, hago de tí una ofrenda a Dios. ¡Ojalá puedas llenar las esperanzas que ha puesto en tí tu madre! Te concebí después de haberte pedido al Señor por mucho tiempo, y hoy te pido que seas bueno, muy bueno. Hé aquí, mi querido hijo, los bienes que yo te deseo al presente y sobre todo para lo porvenir, porque los bienes futuros son mucho más preciosos que todo bien.»

A este primer ministerio de la consagración del hijo desde su niñez, sucede el de su formación y el de su

educación; formación de su cuerpo y educación de su alma. Es el primer combate, hijos míos; se lucha ahí contra el hambre, contra la sed, contra la enfermedad, contra el dolor y contra todos los males que asaltan a la infancia. ¡Es tanta la debilidad en esta edad! ¡Combate constante durante el día y combate no interrumpido en la noche! ¡Qué cuidados, qué temores, qué desvelos! Hijos míos, conservad esto en la memoria: Por mucho que hagáis por vuestras madres, jamás, jamás les devolveréis lo mucho que les habéis costado durante los dos primeros años de vuestra existencia.

Pero ¿qué es ese combate para la formación del cuerpo comparado con el que es preciso librar para la formación del alma? Porque ese pequeñito es hijo de Adán como todos nosotros. Detrás de ese hermoso rostro, de esas gracias infantiles, de esa mirada ingenua, está el pecado que hiera, la concupiscencia que fermenta, las pasiones que murmuran hoy, y que rugirán mañana; están las tinieblas y la ceguera del espíritu; los desordenados apetitos del corazón, las asperezas del carácter y las luchas de la voluntad: es un hombre, pero un hombre que hay que hacer de nuevo. ¿A quién incumbe un trabajo semejante? Guardad sólo un recuerdo. ¿Qué hubiera sido de tí, pobre niño, con todos tus defectos, con tus imperfecciones morales, si no hubieras tenido una madre y una madre cristiana? Nos lo han confesado los más grandes libertinos de nuestro siglo con sus tristes y desgraciados desvíos. Lord Byron atribuye sus desgracias y las desventuras de su triste vida al carácter violento de su madre. Un malvado de este siglo; un criminal, instruido, elegante, refinado, de que tantos ejemplos tenemos en nuestra época, decía en su prisión algunos días antes de subir al patíbulo: «La primera

causa de los movimientos tumultuosos de mi alma es mi madre; yo tenía ojeriza a mi madre por sus preferencias para con mi hermano; envidiaba a la tierra, al cielo, al universo entero; maldecía a mi perverso destino, y en la impotencia de vengarme del cielo, de mi fortuna, de la tierra, del universo, me arrastraba en mi habitación, y me golpeaba la cabeza contra las paredes. ¡Ah! mis desgracias datan de muy lejos, y acaso deba yo mi situación actual al ningún amor que sentía por mi madre.»

Compadeceos de esos desgraciados: les faltó una madre en su niñez; no ha faltado a la vuestra. Si tenéis alma de hombres honrados y cristianos ¿a quién lo debéis? Vuestra alma, vuestra inteligencia estaban en tinieblas, y en ellas permanecerían perpetuamente. ¿Quién las ha preparado para la fe? ¿Quién fue la primera que os puso sobre sus rodillas, y os enseñó a conocer a Dios, vuestra alma y la eternidad? «Hijos míos, decía a sus hijos la heroica madre del libro de los Macabeos; no me debéis a mí el soplo de la existencia, sino que hay un Dios creador del mundo que formó al hombre en su origen, y que dió el principio a todas las cosas. Misericordioso, os restituirá el espíritu y la vida, porque ahora, por amor de sus leyes, os despreciáis a vosotros mismos.»

Este catecismo de una madre era su enseñanza en presencia del martirio. No por ser menos solemnes las lecciones de vuestra madre, tienen menos elevación. Por ella ha entrado la verdad en vuestro espíritu, y unida a su recuerdo, no saldrá de él jamás.

Además, vuestro corazón se dejaba llevar del amor a las cosas inútiles y al mal; sin duda ése sería hoy su destino. ¿Quién ha puesto en él por primera vez el amor a Jesucristo? ¿Quién os ha arrodillado por primera vez delante del Crucifijo o delante de la imagen de

una Madre celestial que tiene a su Hijo en los brazos? «Mi madre, dice San Agustín, mi madre, en cuyo corazón reposé un momento, me arrojó de su seno al vuestro ¡oh Dios mío! Con su leche en la cual recibía yo tantas delicias, mi corazón, más dichoso aún, bebía amorosamente el nombre de Jesucristo.» San Agustín no olvidó jamás este nombre; lo recogió abrasado en amor de los labios de su madre; y esto fue lo que en definitiva le salvó.

En fin, vuestra conciencia era víctima de la perversidad del pecado de origen, y en él hubiese permanecido perpetuamente. ¿Quién fue, pues, la primera en haceros comprender vuestras obligaciones? ¿Quién os inspiró horror a la mentira, al fraude, a la impureza, en una palabra, al pecado? Conocéis las palabras de Blanca de Castilla a su hijo el rey San Luis: «Desearía más verte muerto, que cometiendo un solo pecado mortal». Una sola palabra brota de los labios de vuestra madre: «Esto está mal», y tiembla vuestra conciencia, y retrocede vuestra conciencia, como delante de una serpiente. Pero hay más. Mudos estaban vuestros labios; hablabais perfectamente a los hombres, pero no sabíais hablar a Dios. ¿Quién puso en ellos la palabra de la oración? ¿Quién os enseñó a decir por primera vez «Padre nuestro, que estáis en los Cielos»? ¿Quién os enseñó el *Ave Maria*, el *Credo*, el *Confiteor*, y los actos de fe, esperanza y caridad? «Fue mi madre, dijo un Santo taumaturgo de los primeros años de este siglo, el príncipe de Hohenlohe; fue mi madre quien me dió las primeras lecciones de religión tan pronto como fui capaz de hablar; ella fue quien me enseñó que todos nuestros bienes proceden de Dios, autor de todos los beneficios y el mejor de los padres. Jamás dejaba de hablarme de Dios mi madre, cuando estaba contento y lleno de infantil alegría, por ejemplo, después de haber

gustado algún placer, después de haber recibido un obsequio o de haber evitado un peligro. Me decía entonces que orase al buen Dios, que la oración no era para mí un deber, sino una necesidad».

Pero llega para el joven la hora de lanzarse al mundo; allí aparece aún la madre, como un ángel visible, para indicarle el camino, el camino de la luz y de la virtud sin sombras.

Conocéis y amáis al caballero Bayardo; va a dejar en el Delfinado su casa paterna; su madre le detiene y le dice: «Pedro, hijo mío, usando del derecho que me da mi carácter de madre, te mando tres cosas: si las haces, te aseguro que andarás de triunfo en triunfo por el mundo. La primera es que ante todo ames, temas y sirvas a Dios sin ofenderle jamás, porque El es el que nos ha creado y nos conserva; El es el que nos salvará, y sin El y sin su gracia no podremos hacer una sola obra buena en este mundo. Todas las mañanas y todas las noches encomiéndate a El, y El te ayudará».

II

Pero sabéis muy bien que no en todos los casos ofrece la misma facilidad la dirección y el cuidado de los hijos; hay naturalezas rebeldes, y entonces el ministerio de la madre no es simplemente un ministerio de consagración ni aun de formación, sino que su trabajo consiste en corregir y reformar. Para tales hijos no bastan la bondad y la dulzura; es necesaria la energía del amor, la lucha del amor. Para labrar y pulir ese mármol hermoso, pero todavía en bruto, y hacer salir de él la estatua del cristiano formada a imagen y semejanza de Jesucristo, es preciso golpearlo rudamente, hacer brotar muchas veces fuego de la piedra; sólo una verdadera madre sabe hacerlo y lo hará. Tener

compasión de vosotros, en este caso no sería amaros, sino aborreceros. Lo dice la Escritura: «*Qui parcit virgae, odit filium suum*». Llegará un día en que daréis las gracias a vuestros padres y a vuestras madres, no por las caricias y halagos, sino por las correcciones y por la severidad con que os harán llorar, tal vez, pero para salvaros para el tiempo y para la eternidad.

¡Bien lo comprendéis todos! Con cuánta pena se decide una madre a imponer un castigo a su hijo! Para llegar a él ha sido preciso hacer violencia a su prodigiosa ternura, y creedlo: siente más dar esos golpes a vuestro corazón, que recibirlos ella misma. Únicamente el deber y el deseo de vuestro bien son capaces de obligarla o obrar de este modo; he visto madres que han llorado y temblado, cuando han tenido que imponer algún castigo a sus hijos. He conocido algunas que se imponían la misma penitencia que hacían sufrir al culpable, participando voluntariamente del pan seco, de sus privaciones y de su reclusión. «Justo es que me castigue yo, respondía una madre, por haber dado a luz a un hijo tan desgraciado, o por haberlo educado tan mal que no tiene en cuenta el honor de la familia y la ley de Dios.» Un día, un joven que acababa de rehusar obstinadamente sufrir cierto castigo impuesto por su madre, volviendo a la habitación donde había quedado derramando lágrimas, la encontró azotándose delante del Crucifijo: «Es preciso, le dijo, que pague yo por tí, desgraciado, ya que tú rehusas hacerlo.» Cayó el hijo de rodillas, cogiendo las manos de su madre, y pidiendo perdón.

Siendo, pues, cierto, mis queridos niños, que el amor maternal ha recibido la triple misión de consagraros, educaros y reпреnderos, bien sencillo es vuestro deber: dejaos conducir; la confianza es la primera de las virtudes filiales. Un hombre, cuyos hermosos escri-

tos leeréis un día, el conde José de Maistre, tenía confianza ilimitada en su madre. Acostumbraba decir: «Era mi madre un ángel al que Dios le había dado un cuerpo; mi felicidad consistía en adivinar lo que deseaba de mí; estaba en sus manos como la más pequeña de mis hermanas.» En verdad, hijos míos, ¿a quién os abandonaréis con mayor confianza que a aquel ser que un tiempo fue una misma cosa con vosotros, y después no ha dejado de vivir de vuestra vida, como habéis vivido vosotros de la suya?

Consiste esta confianza en manifestarle vuestras necesidades, vuestros deseos, vuestras tentaciones, aún más, vuestras mismas caídas. Un buen hijo debe mostrarse a su madre tal cual es; para ella no puede haber secretos. Expuesto está un joven a infinidad de faltas en el mundo, pero volverá a levantarse, si tiene por confidentes a su madre en casa y al sacerdote en la iglesia. Mayor debe ser vuestra confianza, si es viuda vuestra madre, porque entonces es para vosotros padre y madre a un mismo tiempo. Nada más admirable que esas viudas cristianas que ha hecho la religión, y que en gran número se encuentran en vuestro país, donde el deber doméstico conserva un poderío que con tanta frecuencia me ha servido de edificación. ¡Cuántas veces he visto a esas verdaderas mujeres fuertes, desde el primer día de su viudez, ordenar con mano firme los negocios del esposo que acababa de fallecer, y en medio de todo un pueblo de empleados, de obreros, de dependientes a los que dominaban con la energía de su carácter, regir y frecuentemente aumentar una herencia que querían conservar íntegra a sus hijos, que no se hallaban todavía en edad de administrarla!

¡Cuántas veces las he visto vigilar los estudios, dirigir la conducta, preparar lo porvenir, estudiar la vocación o procurar la colocación de una familia numero-

sa, y con valor más que de mujer, como dice de la madre de los Macabeos, la Escritura: *foemineae cogitationi masculinum animum inserens*. ¿Qué debéis a tales madres, vosotros, sus queridos hijos? ¿Qué debéis para consolar ese hogar, aliviar esos apuros, y haceros dignos de reemplazar en lo porvenir a aquél cuya herencia con tal cuidado se os guarda?

Mayor aún es la deuda, si sois hijo único, si sois uno de aquellos a quienes llama la Sagrada Escritura: *tene-llus unigenitus coram matre sua*. Nos cuenta San Juan Crisóstomo que había quedado solo con su madre viuda, cuando concibió la idea de dejar su casa para entregarse a Dios.—Es preciso oírle a él mismo referir esta escena: «Cuando conocí mi madre, dice, mi resolución de retirarme a la soledad, me tomó de la mano, me condujo a su cámara, y habiéndome hecho sentar cerca del lecho donde me dio a luz, se puso a llorar mezclando con su llanto frases más tristes aún que sus lágrimas: «Hijo mío, decía, mi único consuelo en las tristezas de mi viudez ha sido verte continuamente y contemplar en tu rostro la imagen fiel de mi esposo que ya no existe. Comenzó ya este consuelo desde tu niñez, cuando todavía no sabías hablar, tiempo en que los niños causan a sus padres la mayor alegría». Al terminar sus razones, decía: «No te pido más que una gracia: no me dejes viuda segunda vez; no vuelvas a reavivar un dolor adormecido; espera por lo menos al día de mi muerte; acaso esté ya muy cerca. Pueden los jóvenes esperar vida larga, pero, a mi edad, ya no se espera sino la muerte. Cuando me hayas amortajado y juntado mis cenizas a las de tu padre, emprende largos viajes, cruza la mar por donde quieras, nadie te lo impedirá; pero mientras yo viva, sufre mi presencia, y no te canses de vivir conmigo. No atraigas sobre tí la indignación de Dios, colmándome de tantos males sin haberte hecho ofensa alguna». No tuvo

valor Crisóstomo para afligir a su madre, y aplazó el proyecto de retirarse con los monjes de la Siria, en los valles del Líbano.

Pero hé aquí otra mártir. Duro y cruel puede ser para una madre ver a su hijo que se separa de ella por vocación, por deber, por heroísmo; mas ¡verlo alejarse de Dios! Deja Agustín a su madre Mónica por las aulas de Madaura, y allí, sus estudios clásicos «le hicieron beber el veneno administrado en copas de oro por maestros perversos». Así habla él mismo de sus primeras lecturas y de sus primeras clases. Pasa después a las escuelas de Cartago, ciudad de doctores, como diríamos hoy, y, para expresarme con sus mismas palabras, cae en el fango, en un abismo de fango, revolcándose en él. Todo lo ha adivinado, todo lo ha comprendido su madre, y le exhorta, y le reprende. «Había tenido buen cuidado mi madre de encomendarme la castidad.... pero para mí no eran sus palabras sino palabras de mujer, y me hubiera avergonzado yo, joven como era, de dejarme guiar por una mujer. Hé aquí, Dios mío, cómo la despreciaba, o, más bien, cómo despreciaba a Dios en ella».

¡Ah! Dios os guarde, hijos míos, de despreciar una sola vez las palabras de una madre; es una falta que jamás se perdona. A estas madres despreciadas por el orgullo de sus hijos, no les queda más que un recurso: la oración y las lágrimas.

Lágrimas derramadas al pie del Tabernáculo o en el silencio de la noche; oración que brota de un corazón desgarrado por la espada cruel que un hijo ingrato ha clavado en su pecho. Gritos de la Cananea arrastrándose suplicante a los pies de Jesucristo: «*Filia mea a daemonio vexatur, et male torquetur.*» Es el indescriptible dolor, es la herida insondable de aquella mujer. Con frecuencia me he acercado a esos corazones y he escuchado el grito de dolor lanzado por estas sublimes redentoras de sus

hijos; era tan penetrante que debió llegar al Cielo y conmover la misericordia de Dios. ¡Oh dichosa Mónica! ¡oh feliz madre! el hijo de tantas lágrimas no perecerá.

III

Pero si grandes son las tristezas del amor de una madre, no son menores sus alegrías. Es el amor triunfante de que he prometido hablaros; el triunfo de María el día en que una mujer, elevando la voz en medio de las turbas, hizo oír estas palabras en elogio de Jesús: «Bienaventurados el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron».

El primer triunfo de las madres es la santidad de sus hijos. Agustín, convertido, se arroja en los brazos de Mónica, diciendo: si no he perecido, madre mía, lo debo a vuestras lágrimas; os debo la vida. Entonces Mónica se siente dichosa, enajenada, triunfante: *gaudet, exultat, triumphat*, según nos cuenta su hijo. Cuando le ha visto desengañado, bautizado y sacrificado, no desea sino morir para ir a esperarlo en el seno de Dios. «Hijo mío, repetía con frecuencia, ¿qué me queda por hacer en la tierra, y qué es lo que me retiene todavía sujeta a este suelo? Deseaba verte cristiano y católico, Dios me ha concedido más todavía, porque te veo despreciarlo todo para consagrarte a su servicio. ¿Para qué he de permanecer aquí por más tiempo?»

Algunos días después, Mónica moría, volando al cielo consolada y dichosa, después de haber entrevisto una tarde sus dulzuras, conversando con su hijo.

Triunfo de las madres es también la gloria de los hijos. Nada las detiene en ese camino. «Sufriré, trabajaré, experimentaré privaciones. ¡No importa! Se elevará mi hijo, prosperará, me honrará, y todo lo olvidaré». Ya no hay para la madre más que un gozo superior, es

el del hijo que se siente feliz, tributando aquel homenaje a la memoria de su madre. Me hace esto recordar lo que se cuenta de Manricio de Sully y de su madre Humberga. Era una pobre mujer de la aldea de Sully-sur-Loire, a ocho leguas de Orleans; había educado a su hijo a costa de grandes sacrificios, y se cuenta que entonces se veía obligado Mauricio a pedir limosna para sí y para su madre. Se le hizo estudiar más tarde, y se dirigió a París. Allí se ordenó de sacerdote, después fue arcediano de aquella metrópoli, llegando finalmente a ser Obispo; él comenzó la construcción de la Iglesia Catedral de Nuestra Señora, en tiempo de Felipe Augusto. Entre tanto, llegó al fondo de su aldea el eco de su elevación, y experimentó Humberga alegría extraordinaria; aunque muy anciana, resolvió ir a ver a su hijo para abrazarlo antes de morir.

Tomó, pues, su báculo y se dirigió a París, a pesar de estar lejos, muy lejos. Llegó al fin, y perdida en aquella gran ciudad, preguntó a algunas señoras que encontró, dónde estaba el palacio del Obispo. «¿Para qué le queréis?» — «Es que soy su madre», respondió la aldeana.

Oyéndola hablar así, la condujeron a su casa las señoras, y la trataron con el mayor cariño. Después, viendo que no tenía más que un sayal, y juzgando que se sentiría humillado tan grande Obispo recibéndola tan pobremente vestida, la adornaron a estilo de París, y la condujeron a Palacio. Apenas le vio, corrió a él Humberga con los brazos abiertos, y le dijo; «Soy tu madre». Pero él retrocedió, exclamando: «¿Vos mi madre? ¡Imposible! Mi madre es una pobre mujer vestida de pobre sayal». En vano protestó ella; y fue necesario que de nuevo la condujesen las damas a su casa, donde le devolvieron sus pobres vestidos y su báculo. En aquel rústico traje se presentó de nuevo ante su hijo, que la esperaba en medio de una brillante reunión. Apenas la vio,

quitándose el birrete, se adelantó hacia ella y la abrazó diciendo: «Ahora os reconozco, madre mía, sois mi madre: *Modo scio quod estismater mea*».

Cuando ha visto una madre a su hijo virtuoso, feliz y honrado, no hay sino un dolor que pueda alcanzarle, es la suprema separación, la muerte. Pero aun la misma muerte es incapaz de romper lazos formados por la fe, la esperanza y la caridad cristianas; los renueva la oración. Mónica, a punto de expirar, decía a su hijo: «Lo que únicamente pido es que te acuerdes de mí ante el altar del Señor y en cualquiera parte que te encuentres». Además, atestiguaba después San Agustín, que constantemente le acompañaba la asistencia de su madre. «No ha querido Dios que mi madre al entrar en el cielo sea menos amante de su hijo; viene todavía a consolarme cuando sufro, y me ama tanto, que yo no sabría decirlo». En fin, trece años después, en sus *Confesiones*, el Obispo, llorando siempre, pero tranquilo y confiado, suplicaba a sus lectores no se olvidasen de aquella madre cuyo pensamiento no le abandonaba jamás. «Puede ella,—decía,—recibir, con las oraciones de muchos, el último testimonio de amor que me pidió en el lecho de muerte».

Podemos, hijos míos, podemos, según la expresión de Fenelón, «cambiar en sociedad invisible la sociedad visible que teníamos con esos seres tan queridos». Es el consuelo, el único consuelo que nos queda ¡ah! cuando nos vemos obligados a desprendernos de aquella mano venerable, ya helada, de la cual hubiéramos querido no separarnos jamás. Escuchad esta hermosa página de Federico Ozanam, sobre su madre que ya no existía, pero sabíala encontrar su fe en la unión de las almas, que jamás termina:

«Sin duda,—escribía en 31 de enero de 1842,—sin duda que nada hay más desgarrador que esa prolongada

ausencia, nada más sombrío que esa soledad creciente y ese vacío que forma la muerte en nuestro derredor.

«Imposible y hasta ofensiva para nuestras tristezas aparece en el primer momento toda idea de consuelo. He conocido ese estado que duró muy poco en verdad; pronto se sucedieron momentos en que comencé a sentir que no estaba solo, y que a mi lado había algo que me comunicaba dulzuras infinitas. Era una especie de seguridad de que no me había abandonado; era como una vecindad bienhechora, aunque invisible; era como si un alma querida me hubiera acariciado con sus alas. Y al mismo tiempo, por otra parte, reconocía yo los pasos, la voz, la respiración de mi madre, así como un soplo que reanimaba mis fuerzas; y una idea virtuosa se hacía sentir en mi espíritu, y un saludable impulso arrastraba mi voluntad; no podía menos de creer que era siempre ella.

«Después de dos largos años experimento aún todo esto. Tengo momentos de alegría súbita, como si estuviese todavía a mi lado. Tengo, sobre todo, cuando es mayor mi necesidad, horas de maternal y de filial conversación, y entonces lloro acaso más que en los primeros meses, pero se mezcla a esa melancolía una paz inefable. Cuando obro bien, cuando he hecho algo en favor de los pobres que tanto amó, cuando estoy en tranquilidad con aquel Dios a quien ella sirvió con tanto cuidado, paréceme verla sonreírse de lejos. Algunas veces, si rezo, me parece escuchar su plegaria acompañando a la mía, como cuando la hacíamos juntos al caer de la tarde, al pie del Crucifijo. En fin, con frecuencia (no lo diré a nadie pero sí a tí), cuando tengo la felicidad de comulgar, cuando viene a visitarme el Salvador, paréceme que entra con El en mi pobre corazón, como tantas veces llevado en Viático entró con El en las casas de los necesitados; y entonces tengo la firme convicción de la presencia real de mi madre cerca de mí».

Hijos míos, vivamos así con esas almas queridas. ¡Es tan triste no tenerlas ya, y aparece tan obscura la tierra después que han partido para brillar en el Cielo! Tiene, sin embargo, razón Ozanam. Hay un doble asilo donde podemos encontrarlas, y si es el cielo refugio de nuestras esperanzas, hay otro sobre la tierra: el asilo de la caridad, la cita del amor, el Corazón de Jesucristo.

Se cuenta de Hipólito Flandrín que, decorando la Iglesia de San Pablo en Nimes, tuvo la piadosa inspiración de escribir secretamente en los pliegues de la túnica con que revistió a Jesús, a la altura del corazón, los nombres de su padre, de su madre, de su hermano, de su hermana, de su esposa, de sus hijos, de todos los que había perdido o que Dios le había dejado, de todos los que había amado y que amaba todavía. No se descubrió sino después de mucho tiempo aquella inscripción, de la cual había hecho su secreto el religioso artista.

Inscribamos, pues, en el Corazón de Jesús los nombres de nuestros queridos padres. Todo se vuelve a encontrar allí, todo se eterniza allí, y comencemos a amarlos ya en la tierra, como los hemos de amar un día en Cielo.

MONSEÑOR BAUNARD

